



JOSÉ LUIS MORA GARCÍA

## José Luis Cano: poética y sentido moral ...desde la amistad...

*José Luis Cano: Poetics and Morality... for Friendship's Sake...*

**ABSTRACT:** This article reflects the personality of the poet from Algeciras, Jose Luis Cano, one of the architects of the journal *Ínsula*, which was a real bridge with exile an instrument for the reconstruction of liberal and reformist tradition. His monographs on “heterodoxies and pre-romantics” and on the “Spanish of two centuries” were a good example of this integration with the best of history. Poetic creation and reflection on the meaning of literature completed a life that should be remembered.

**KEYWORDS:** Reformism • liberalism • poetry • history

**H**ablo de la amistad de lector pues no tuve la suerte de conocer a este algecireño, nacido en la calle Ancha cuya casa lindaba con la del violinista Regino Martínez, lo que le permitía escuchar, desde bien pequeño, los acordes finos que salían del instrumento en manos del virtuoso intérprete y que, con seguridad, ayudaron a afinar su oído, atento desde edad temprana para el ritmo poético.

Si nacido en 1911, enfrente del peñón de Gibraltar, a donde su madre le llevaba con frecuencia, cruzando la bahía en barco para hacer compras y visitar la colonia británica, no tardó en vivir en Málaga, siguiendo los pasos de su padre, militar de profesión. Allí conoció a Emilio Prados y Altolaguirre y formó parte de los “poetillas” que vivían al calor de los que fueron más grandes y reconocidos, que se aglutinaban en torno a la revista *Litoral* y la editorial Sur. Fundamental fue este paso por Málaga pues marcó su vida para siempre.

Por casualidad, la guerra le sorprendió en Algeciras y allí fue apresado por su pertenencia a la FUE, a pesar de ser hijo de un militar que apoyó el golpe de estado. Años de prisión en Escopeteros, librándose de ir al frente o de ir de frente, -como entonces se decía- lo que era aun peor. Salvó la vida gracias al entonces gobernador militar del Campo de Gibraltar y, al final de guerra, estaba en Madrid donde se licenció en Filosofía y Letras y en Derecho y donde, además de fundar el premio Adonais, pronto se embarcó en el

que sería el proyecto más importante: la editorial, tertulia, librería y revista *Ínsula*, nacidas entre 1943 y 1946. Sin duda, ha sido esta revista, que goza aún de buena salud, un proyecto fundamental por las razones que esbozaré aquí. José Luis Cano ejerció labores de secretario hasta 1983, con Enrique Canito de director desde su fundación, y director él mismo durante los cinco años siguientes (1983–1988) hasta que tomó la dirección García de la Concha dando a la revista una nueva orientación. En estos momentos ejerce de coordinadora Arantxa Gómez Sancho, alcanzando la revista el número 795 de esta nueva época. Durante el tiempo en que Cano tuvo un papel activo en la revista puede considerarse que fue su “alma mater” y su impulsor principal.

José Luis Cano estuvo durante años muy vinculado al Instituto Internacional que tenía su sede en la madrileña calle de Miguel Ángel, entorno de lo que había podido conservarse del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, impartiendo conferencias y clases a estudiantes que venían a estudiar la lengua y la literatura españolas y ejerciendo una labor incansable como escritor y editor de textos hasta completar una obra de considerables proporciones. Persona amable según quienes le conocieron hasta su fallecimiento en 1999, ha venido a ocupar un lugar en las letras españolas por méritos propios y a falta de reconocimientos más explícitos – su centenario no mereció el lugar que le correspondía – queda el estudio de su obra y el reconocimiento a su persona en los tres planos bien reconocibles que esbozamos en este texto.

Mi primer acercamiento a Cano fue intelectual y lo fue a través de un largo estudio que dediqué durante meses a la revista *Ínsula*<sup>1</sup>. Allí pude apreciar la magnitud de la obra de este hombre que contribuyó a disolver las asignaturas tradicionales y fundirlas en una sola que se llamaba España pero una España tan ancha como carente de omnipotencia, tan plural como sus culturas y lenguas alcanzaban, tan solidaria como carente de solidaridad se manifestaba en ocasiones y sin renuncia a la necesaria unidad de tiempo y comunidad de sus regiones e idiomas que se apoya en un proyecto vinculado a la cultura, a las artes, a las ciencias y a la filosofía.

Mas, si este fue mi primer acercamiento a esta insigne y callada figura, de obra propia y muy importante, pero siempre al lado de quienes reconocía aún más importantes que él mismo, le conocí de verdad cuando pude asociar mi descubrimiento de la Bahía de Algeciras, que realicé hace unos treinta años, al que hago cada año al leer los “Sonetos de la Bahía” (1940–1942)<sup>2</sup>,

<sup>1</sup> J. L. Mora García, *El significado de la revista Ínsula en la cultura y la filosofía españolas del último medio siglo (1946–2000)*. *Un puente con el exilio*, en *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo II*, ed. M. del Rosario, Las Villas, 2006, pp. 79–112. Puede verse en [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

<sup>2</sup> J. L. Cano, *Poesía Completa*, ed. A. Sanz, Algeciras 2001, pp. 33–84.

escritos por José Luis Cano al finalizar la guerra si no antes, donde deben leerse, al contraluz y teniendo enfrente el peñón gibraltareño.

Ha sido Algeciras, lo que queda de aquella ciudad a la que había que llegar poco menos que en balsa, atravesando el río Guadiaro, cuando se iba desde Málaga, según relata Juan José Tellez en la *Historia de Algeciras* que coordinó Mario Ocaña<sup>3</sup>. No era, pues, una ciudad tan fácilmente asequible cuando llegar desde la meseta, casi medio siglo después del tiempo al que se refiere Cano en sus *Memorias malagueñas*, llevaba doce o catorce horas o cuando el tren expreso de la noche atravesaba todo el sur también en unas catorce horas.

Pero allí estaba el Sur. Ese Sur aprisionado entre la Roca, artificio inglés, que conocí en tiempos en que el Sr. Gómez – del lado español – y Mr. Gómez – del lado gibraltareño – se citaban a través del espacio neutral para gritarse que padre o madre estaban bien o que había nacido el último de los nietos; y el monte Acho, que abre al otro lado del Estrecho la inmensa África, nacida en Ceuta hacia donde se desplazan miles de magrebíes cada verano. Entonces, hace ya años, inundaban la ciudad y ponían su estera cara a la Meca para realizar los preceptivos rezos.

Y, sin embargo, cerrada la ciudad hacia el interior de la Península, hacía de Algeciras un lugar abierto y cerrado al mismo tiempo. Abigarrada ciudad industrial junto con San Roque y Los Barrios, una nueva Carteia proveedora de acero, de petróleo y papel, un puerto marítimo que ejercía de frontera y aduana de productos y gentes en tránsito hacia Europa o hacia África dejando su poso en el habla de las gentes de esa Algeciras que vivía bajo la figura de Almanzor y las murallas árabes, acostumbradas a la interculturalidad mucho antes de que esta palabra existiera. A esta gente, un punto tímida, amable hasta hacer a uno sonrojarse y generosa por convicción pues creen que el mundo no podría construirse de otra manera, me parece que perteneció José Luis Cano. Y si quieren un Gibraltar español es por este mismo motivo y no por otro pues

Mas no me hieres tú, si ya impaciente  
tu dueño inglés dispara, tú a quien quiero  
para siempre andaluza y nunca sola.

[...]

Mirando estoy tus sombras y cadenas,  
Oh roca sin amor, y en mi atalaya  
Tocando estoy tus penas<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> M. Ocaña, (coordinador), *Historia de Algeciras*, tomo 3, Diputación de Cádiz, 2001.

<sup>4</sup> J. L. Cano, *Cuatro sonetos al Peñón*, en *idem.*, *Poesías completas, op.cit.*, p. 35.

Claro que, para sentir así la luz que despeja las sombras poco a poco, hay que comprender que es un elemento fundamental de la ciudad, como la orilla en forma curva hacia Málaga que se cierra puntiaguda en Tarifa... y la arena y el horizonte a veces abierto y a veces cerrado como elementos básicos para conformar un carácter y una forma de ver el mundo, hecha del frescor matutino cuando llega la brisa del suave Levante y del calor acerante del duro Poniente al mediodía. Es la pasión del mar:

En tus orillas vivo y alimento una sed sin descanso, oh mar ardiente,  
y en los despojos de tu azul gimiente  
Pongo la abierta herida de mi aliento<sup>5</sup>.

Así pues, haber experimentado a lo largo de años estas mismas sensaciones me ha acercado a la figura de quien naciera en aquella calle destartalada, trazada con poca gracia pero que encauza a las gentes de Algeciras, viniendo de la Plaza Alta, apenas superviviente de los años del desarrollismo, hacia la Plaza de Andalucía o hacia el parque de María Cristina, lugar un tiempo que fue de relatos, dramas, poesía, cuentos y música bajo las estrellas. “En esta casa nació el 28 de diciembre de 1911 el insigne poeta José Luis Cano”, reza la loseta puesta el 3 de mayo de 1987 por el Ayuntamiento” sobre la hoy blanca fachada de una casa de dos plantas, sobria y dotada de cierta elegancia que da un punto de equilibrio a las demás edificaciones. Por frente, y en medio, está el busto de don Cristóbal, cronista de la ciudad y memoria de la misma hasta su fallecimiento hace unos pocos años. Me recibió en una sala húmeda de la biblioteca municipal y allí se prestó a hablarme de José Luis Cano y a dejarme cuanta bibliografía de él conocía.

Mas José Luis Cano aprovechó esa curvatura hacia el Este para conocer en Málaga a los que ya comenzaban a ser grandes poetas. Si la orografía, la luz y el habla de la ciudad conforman el carácter, base de nuestra forma de ser, la cultura hace lo propio con el espíritu para que seamos capaces de expresarnos y de comprender. Para siempre unió su vida a las de aquellos que comenzó allí a conocer: Lorca, Altolaguirre, Prados y Aleixandre, principalmente.

A partir de aquí contamos ya con biografías y estudios que nos aproximan a la figura intelectual de Cano<sup>6</sup>; y casi todos los grandes críticos de la literatura española se han ocupado de él porque él mismo se hizo poeta con

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>6</sup> A. Guerrero, *José Luis Cano. De “Sonetos de la Bahía” a “La España de Bonafoux”*, Algeciras 1991.

ellos y, solidario con la creación poética, fundó la colección Adonais y se comprometió con la poesía y su difícil vivir en este mundo.

Si él traía ya de Algeciras ese carácter en ciernes, como decíamos, conformado por el aprecio a lo lejano y a lo próximo, por la generosidad y la timidez, ahora la inmersión en el mundo de los poetas le condujo poco a poco a la *in-conformidad*, a ser un *in-conforme*, dicho de alguien que no se adapta del todo a ninguna forma, bien distinto del *dis-conforme*, es decir, aquel que está falto de acuerdo y de conformidad con las demás personas e incluso con las cosas. Nunca podría haberse dicho esto de José Luis Cano pero sí lo primero, pues el *in-conforme* que, por no adaptarse del todo a ninguna forma, no renuncia a casi ninguna o es capaz de *conformar* con muchas, incluidas las de aquellos que “están entre dos siglos” o son “heterodoxos y prerrománticos” o se refugian en una “Ínsula” o en torno a la mesa camilla de la calle Velintonia, terminan por ser el nudo en torno al que se articulan grupos humanos enteros sobre todo en épocas de resistencia. “Hicimos”, “ha venido fulano y ha dicho...”, “nos han prohibido...”, “han clausurado...”, *etc.* Son esas “apuntaciones”, entre el apunte, el punto y el puntazo sobre la realidad, que han venido a ser ese pequeño tesoro de *Los cuadernos de Velintonia* cuya edición completa de 2002 debemos a Alejandro Sanz<sup>7</sup>. Quizá son la expresión de una parte de la oposición de “mesa camilla” al franquismo, poco para unos y bastante para otros. Algo de intrahistoria tiene esta historia doméstica que no fue pequeña aunque tuviera por escenario una pequeña habitación. Seamos justos al reconocer la dificultad de los tiempos y porque no era una historia que no se clausuraba entre las cuatro paredes sino que se proyectaba hacia la realización de empresas culturales de envergadura y luego encontraba en el pequeño grupo el ambiente necesario para limpiar las pequeñas impurezas del roce cotidiano.

Impagable, en todo caso y por nuestra parte, este esfuerzo de José Luis Cano para conocer biografías iniciales de personas que luego ocuparían lugares relevantes; y por darnos a conocer sus pronunciamientos y actitudes pero, sobre todo, sus propios temores, angustias, recelos, problemas para editar y para resistir a un poder autoritario. ¡Cuántos detalles encontramos ahí contados, sin perder el sentido de lo humano, manteniendo la finura de espíritu sin perder, en este caso, el sentido del humor y ese punto de pequeña maldad sin la cual moriríamos de aburrimiento. Los amores, platónicos o reales, los pequeños orgullos heridos cuando no llegaba el éxito esperado de una obra, la resistencia cuando se imponían nombres poco deseados para las

<sup>7</sup> Había una edición anterior: Barcelona, Seix Barral, 1986. La mencionada aquí corresponde a la publicada en Algeciras por la propia Fundación José Luis Cano en 2002.

vacantes de la Academia o la búsqueda de apoyos para que *Ínsula* volviera a ver la luz como sucedió con la decisión tomada por Juan Beneyto, nuevo director de prensa a finales de 1956. Desde esa atalaya, a modo de balcón, podemos recordar el entierro de Ortega y los primeros movimientos estudiantiles que se desarrollaron a continuación. Otros muchos detalles sobre pequeñas publicaciones como *Aldebarán*, también prohibida –creo que en este caso incluso secuestrada antes de salir– como lo fue *Ínsula*, por ser demasiado liberales y orteguianas. En esas cuatro paredes una cosa queda como segura: que el espíritu de los *inconfornes* es más resistente a las presiones autoritarias de lo que se cree. O dicho de otra manera: que el espíritu no es vencido con facilidad como difícil es vencer a la literatura y, si se me apura un poco, más aún vencer a los poetas precisamente por ser frágiles.

Así pues, *Ínsula* dio pronta consistencia a su proyecto intelectual que adquirió desde aquellos mismos años un sentido, por igual, estético y moral, dotado de consistencia y largo recorrido. Mas, junto a esta empresa, hemos de mencionar otras dos, no menos importantes: en primer lugar la recuperación del pensamiento liberal español que se había iniciado en los finales del XVIII y que pronto se vería interrumpido, apenas iniciada la segunda década del XIX, con el restablecimiento de la monarquía absoluta y restituido, no sin dificultades, hacia la segunda mitad del siglo, hasta ser sacudida sin escrúpulo en 1936. Una buena parte de su producción bibliográfica, en la elaboración de monografías y artículos, tanto como en la difusión de la obra de los principales autores conocidos por él a través de antologías, ediciones de obras, *etc.*, estuvo centrada en este apartado. Y, tercero, una labor aparentemente menor pero que José Luis Cano dejó entrever pausadamente, sin alardes teóricos y, a primera vista, sin grandes pretensiones: la reflexión acerca de la propia función de la literatura, algo parecido a pensamientos dejados en artículos breves que terminan por incluir siempre una introspección que nos trasluce su posición como escritor y como persona con el arte como referencia.

1. Sin duda, como decíamos, por encima de cualquier otro, la revista *Ínsula* fue su gran proyecto. Ofrece para los historiadores de la filosofía española y de lengua española en general, un centro de interés muy nítido y reconocible a estas alturas, 67 años desde aquel difícil comienzo. Señalaré aquí los cuatro apartados que me parecen fundamentales y de los cuales doy mayor información en el estudio antes mencionado, de la misma manera que lo han hecho otros estudiosos de la revista que de *Ínsula* ha pasado a ser un continente.

a) En primer lugar, su contribución a la convivencia nacional e internacional poniendo la estética y el conocimiento al servicio de la moral social. José Luis Cano, como ha dicho Mainer, tenía una fe enorme en la literatura,

aprendida en Emilio Prados, Lorca, Guillén, Aleixandre y tantos otros y la puso al servicio de un proyecto cultural que tenía una meta moral y política: la reconstrucción de España.

“Su fe en la literatura – nos dice Mainer – era enorme. La concebía como la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de aquella fe. Escribir, leer, leerse los unos a los otros eran los sacramentos, rigurosamente laicos por supuesto, de aquel ejercicio de autodescubrimiento, reconocimiento y fraternidad”<sup>8</sup>. Por ello el valor radical que *Ínsula*, como expresión más consumada de esta convicción realizada a lo largo de años y diversas circunstancias, coincide más con la idea de reconstrucción y de unidad que con la idea de “resistencia cultural” aunque fuera también esto<sup>9</sup> y así se percibiera inevitablemente por sus protagonistas durante más tiempo del deseado. Probablemente el concepto de “insularidad” de tantas resonancias en nuestra historia, como decíamos, hiciera mención a esa concepción que María Zambrano expresara con referencia al Galdós isleño cuando le calificó de “don del océano”, es decir, alguien que, ante una crisis que le expulsa al exilio de manera trágica o pacíficamente, se repliega para soñar “la paz oceánica, es decir, sin fronteras”<sup>10</sup>. Resistencia inicial, pues, mas con afán de superar la actitud individualista o excluyente. Su espíritu, en la España de 1946, bien puede considerarse opuesta al talante de los vencedores en la idea que expresara Aranguren algunos años después: “Los españoles – también los intelectuales españoles – estábamos divididos. La guerra civil consumó esta división, pero no nos separó”<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> J. C. Mainer, *José Luis Cano en su Ínsula*, “Almoraima”, 22, octubre, 1999, 37–47.

<sup>9</sup> Domingo García-Sabell expresa ese espíritu de la revista a favor de todos excepto para los “menesteres del falso intelectual, y mucho menos a los bajos oficios de la propaganda sectaria” (*Ínsula*, 435–436, 1983, p. 16). Algo similar había mantenido la propia revista en la sección “La Flecha en el Tiempo”: “*Ínsula* aspira desde su primer número a ser un ámbito, todo lo modesto que se quiera, de convivencia en nuestro arriscado ruedo ibérico. Es decir, todo lo contrario de un recinto con bandera sectaria y partidista. Dentro de ese ámbito de inteligencia literaria y del pensamiento, caben las más distintas posiciones, que nosotros respetamos que estén expuestas con mesura y honestidad.” n.º 147, 1959. La experiencia de quien ha entrado en la “casa de la resistencia cultural” es mantenida explícitamente por C. Álvarez Ude. V. *El significado de Ínsula en la literatura española contemporánea*, „Cuadernos Hispanoamericanos”, 618, diciembre 2002, pp. 7–17. Se trata del resumen de una lección pronunciada por quien fuera editor de la revista cuyo texto completo tuvo la amabilidad de enviarme, lo que agradezco muy sinceramente.

<sup>10</sup> M. Zambrano, *Un don del océano: Benito Pérez Galdós*, en M. Gómez Blesa (editora), *Las palabras del regreso. (Artículos periodísticos, 1985–1990)*, Salamanca 1995, p. 123.

<sup>11</sup> En ese resquicio que deja la lucha se situó *Ínsula* con espíritu de mediación. J. L. Aranguren, *La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración*, „Cuadernos Hispanoamericanos”, 38, 1953, p. 123.

Así pues, el primer objetivo de estos “inconformes”<sup>12</sup> entre los que, como dijimos anteriormente, se incluía el propio José Luis Cano, fue suturar heridas. Mas José Luis Cano añadió una sensibilidad que quizá otros, a los que se dirigía con sus palabras Zambrano, no tuvieron. Creo que para él los exiliados nunca dejaron de existir; es más, hizo mucho por incorporarlos a la vida pública española. A esto me referiré un poco más adelante. Se trataba, primero, de reconstruir lo que estaba dentro: regiones con distintas lenguas y culturas: Cataluña, Galicia...; y lo que había quedado al otro lado: Europa y América, es decir, la cultura internacional, el ideal de cosmopolitismo. La revista se afanó en ambos planos, dedicando monográficos tanto a las culturas escritas en idiomas propios de la península ibérica que no eran el castellano como a la cultura europea, aprovechando conmemoraciones o eventos especiales; e, igualmente, a países de la América de lengua española. Este marco político, que se pretendía reconstruir desde la cultura ya que las guerras lo habían destruido, era fundamental para la convivencia. Constituye un asunto muy importante para la construcción de la nación española tal como ha ido desarrollándose desde los años finales de los cincuenta y durante varias décadas, pues en él interfieren, lógicamente, las posiciones mantenidas con otros países europeos y con América. *Ínsula* publicó dos números monográficos dedicados a las Letras Catalanas y a las Letras Gallegas<sup>13</sup>. Junto a estos parámetros nacionales – la necesaria unidad de lo fracturado – las referencias internacionales: Europa e Hispanoamérica. La información sobre las producciones culturales francesas e inglesas (principalmente) pero también de Portugal han merecido en la revista una notable atención desde sus comienzos. Así la presencia de América Latina comienza en el número 1 con un artículo de Lafuente Ferrari, continúa Julián Marías al año siguiente y, a lo largo de todos los años de vida de la publicación, los escritores de América Latina han tenido una presencia sobresaliente: Rubén Darío, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, García Márquez, Cortázar, Borges, Neruda, Rulfo, César Vallejo, Roa Bastos u Octavio Paz. Entre ellos siempre había un espacio importante para la figura de José Martí.

<sup>12</sup> Por cierto que esta es la denominación utilizada por María Zambrano en su “Carta sobre el exilio” publicada en 1961 para referirse a estos intelectuales que habían quedado en la España de Franco: “De ellos han ido saliendo con el correr de los años los anticonformistas de hoy, los que no aceptan el régimen, denominense de una u otra manera.” Y añadía a continuación: “Para ellos el exiliado ha dejado de existir ya, vuelva o no vuelva”. *Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura*, 49, Paris 1961, pp. 65–70.

<sup>13</sup> El número dedicado a las Letras Catalanas cuya impulsora fue Paulina Crusat, fue el 95 (1953); a las Letras Gallegas se dedicó el número doble 152–153 en 1959. En este número Vidán Torreira publicó un artículo sobre “La raíz gallega del Pensamiento de Amor Ruibal”, p. 6.

Dionisio Ridruejo, quien fuera jefe de propaganda de la falange durante la guerra civil, y, después, opositor activo al franquismo hacia los años sesenta, nos dejó un análisis lúcido de esta situación en sus “Memorias literarias”, concretamente en el capítulo dedicado a Unamuno, Machado y Maeztu<sup>14</sup>. Se refería a la actitud de las generaciones de jóvenes españoles que comenzaron a salir a Europa hacia finales de los años cincuenta (podemos indicar que tras la muerte de Ortega y Gasset) en búsqueda del magisterio no encontrado en España:

Por una parte – decía – se retorna a la vanguardia adánica que ni desea ni reconoce magisterios, aunque los use, y, por otra parte, la misma asfixia causada por la ruptura de la continuidad intelectual ha determinado una corriente de apertura mucho más cosmopolita, que busca nutriciones de actualidad y hasta de moda allí donde las hay. Los jóvenes escritores comenzaron a viajar hacia 1950 y volvieron de sus viajes, críticos y seguros con su nuevo bagaje. Puede decirse que el movimiento intelectual se ha hecho ya más de la época que de la nación y ello es, en muchos casos, saludable.

Y añadía: “nuestros abuelos del 98 estuvieron tanto en la nación como en la edad. Sus hijos y nietos vanguardistas se inclinaron de preferencia por la segunda dimensión”<sup>15</sup>.

Es difícil, ciertamente, expresar lo que sucedía por esos primeros años de la revista con mayor precisión. Debemos decir aquí que la propuesta de Ínsula abogó por la edad y por la nación. Ni renunció al cosmopolitismo ni a la tradición nacional. Era esta una cuestión que afectaba no solo a la cultura sino a la vida política y a la convivencia que se intentaba reestablecer. Mas la consecución de este objetivo requería abordar otros dos: recuperar la tradición nacional perdida y derrotada, es decir, la liberal; y recuperar la obra y las personas de quienes se habían visto obligadas a exiliarse.

Aquí cristaliza, en mi opinión, ese primer significado de la revista: rehumanización desde la estética (finalidad ética del arte a la que se alude en distintos momentos) en cuyo proceso se incluye también a la ciencia; y reunificación de España superando cualquier nacionalismo de vuelo rasante en el contexto de una concepción de la cultura al tiempo normativa y plural, respetuosa con las tradiciones y cosmopolita.

b) Para cumplir con el primero: recuperar lo destruido, José Luis Cano se apoyó en el “orteguismo” interior, es decir, en quienes habían quedado en España: Julián Marías, José Luis Aranguren, Paulino Garagarri, entre

<sup>14</sup> D. Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona 2012, pp. 457–464.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 458.

otros. Y con ellos quienes venían a continuación: José Luis Abellán, Javier Muguerza, etc. Con este soporte inició una labor continuada de estudio de toda la “edad de plata de la cultura española”, es decir, del periodo que va desde Benito Pérez Galdós, pasando por la Institución Libre de Enseñanza, con especial referencia a Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío, y por el 98, con Unamuno como referente hasta Ortega y la generación del 27, convirtiendo a la revista en un referente indispensable para el estudio de este largo periodo de creación literaria y desarrollo del pensamiento. Me remito al artículo mencionado con anterioridad (nota 1), para concretar cuántos artículos fueron dedicados a cada autor, la secuencia de los mismos y su interés. Quede aquí el testimonio de la tradición a la que Cano, y quienes con él dirigían la revista, fiaba la reconstrucción nacional y la especial referencia a la figura de José Ortega y Gasset. Esto marcó en buena medida la orientación que la revista habría de seguir con el apoyo de Garagorri en la sincera creencia – fruto de la circunstancia – de que la filosofía española se había iniciado con el propio Ortega. Esta convicción inicial se reafirmó al ser suspendida la edición de la revista con motivo del número que dedicó al filósofo madrileño en noviembre de 1955<sup>16</sup>, precedido por un extenso artículo del propio Marías en el número de septiembre titulado “Realidad y ser en la filosofía española”<sup>17</sup>. En él, Julián Marías sostenía claramente dos cosas: primero, que “la historia empieza, por supuesto, con Unamuno. Aunque – y yo he insistido largamente en ello – Unamuno no fue estrictamente un filósofo, aunque él personalmente amaba la arbitrariedad y la inconexión, como la historia no las tolera, hay que partir de él si se habla de filosofía española en este tiempo”. Y, segundo, que “...donde el tema aparece inequívocamente y con todo el rigor es en Ortega; está preludiado a lo largo de su obra, ya desde el primer libro”. Y el tema consistía en que, “al interpretar la filosofía como algo que el hombre hace, Ortega tiene que preguntarse en qué consiste ese hacer humano que es preguntar” y en esa pregunta surge la relación del hombre con las cosas pues “vivir es, en efecto, hallarse entre las cosas y frente a ellas” como Ortega había afirmado en *El Sol* (18/1/1931).

<sup>16</sup> N° 119 (noviembre de 1955). En casi todas las referencias hechas en números posteriores a la historia de la revista se recuerda esta situación que llevó a la suspensión de la misma durante un año entero. “En 1955 – cuenta José Luis Cano, cuando murió Ortega, decidimos dedicarle un número homenaje, pese a que el Gobierno había dado consignas a la prensa de que sólo se dedicara al suceso un espacio breve y una pequeña fotografía. El número, que preparamos Marías, Canito y yo, llegó a salir, pero fue secuestrado inmediatamente. Cuando fui a protestar al director general de Prensa, que era entonces Juan Aparicio, justificó la suspensión diciéndome que *Ínsula* era una revista demasiado liberal y demasiado orteguiana, y que eso el régimen no lo podía tolerar”. N° 499–500 (1988).

<sup>17</sup> N° 117 (1955), pp. 1 y 9.

Mas de sesenta artículos llegó a publicar Julián Marías en *Ínsula* durante los primeros veinticinco años de vida de la revista como indicativo de esta clara línea de interpretación de la historia de España<sup>18</sup>.

c) El segundo requería mirar al exilio. Ese empeño fue realizado con intensidad. ronto aparecen noticias sobre libros de José Gaos, sobre Ferrater Mora cuyas sucesivas ediciones del Diccionario son siempre comentadas, sobre Joaquín Xirau y García Bacca. Fue, no obstante, María Zambrano quien ha tenido una presencia más consistente en la revista. Hasta 12 artículos suyos merecieron la atención de *Ínsula*. El primero llegó con la recomendación de Luis Cernuda y se publicó en fecha bastante temprana: 1952, ocupando la primera página con una foto de la autora tal como había pedido Cernuda a José Luis Cano. Nueve artículos más se ocupan de su obra y siempre mencionando las noticias más relevantes: la concesión del premio Príncipe de Asturias y su regreso a España en 1984. No es gratuito que haya sido María Zambrano la filósofa del exilio que más presencia ha tenido en *Ínsula* pues su pensamiento encarna mejor que ningún otro lo que la revista quería ser y esa síntesis de poesía y razón era su expresión más consumada. Por lo que la poesía y la razón han simbolizado a lo largo de los siglos su maridaje no agotaba una cuestión puramente epistémica o de teoría literaria o de relaciones entre la filosofía y la literatura sino que adquiría relevancia en el plano moral y en el político. De tal manera que su preocupación por la necesaria reconstrucción de España se completaba con su proyección europea y americana. En este sentido la filosofía zambraniana, encarnada en su propia biografía, era expresión de la culminación del deseo e historia recordada puesta al servicio de una esperanza, por más que la primera apuesta hubiera resultado fallida.

En este sentido *Ínsula* cumplió esa función de puente que no puedo llegar a realizar la revista que con ese nombre, *El Puente*, no pasó de ser un proyecto frustrado. En la pormenorizada reconstrucción que ha realizado Francisca Montiel Rayo del complejo proceso que no llegó a culminar le ha sido obligado remitirse a la fundación de *Ínsula* como el intento de “atenuar en la medida de lo posible los efectos de la escisión cultural producida en 1939” y cómo esta revista fue “un primer órgano de expresión en torno al

<sup>18</sup> Será José Luis Cano quien nos cuente cómo llegó ese primer artículo a la redacción de *Ínsula*: “Pero muchos años antes, en 1952, cuando nadie o casi nadie se acordaba de María Zambrano en España, había publicado *Ínsula* en su número de enero uno de los textos más bellos de María: *Dos fragmentos sobre el amor* que nos envió Luis Cernuda desde La Habana, donde entonces vivía la escritora malagueña. Al enviarnos el texto, Cernuda me escribió estas líneas: María Zambrano ha escrito cosas magníficas y es necesario que ahí se conozcan algunas, y vosotros sois los únicos en publicarlas”. (Nº 458-459, 1984).

cual articularse”. Y añade la autora: “Con su actitud posibilista, *Ínsula* se erigió en inicial “cabeza de puente” entre las dos Españas, un puente en cuya difícil construcción participaron en la década de los cincuenta – al producirse el reconocimiento internacional del gobierno de Franco – destacados pensadores de las dos orillas.

José Luis Cano, como autor de dos secciones que marcaban la línea editorial: “La Flecha en el Tiempo” y “Los libros del Mes” se encargaba de mantener viva esta memoria que trataba de dotarse de una conciencia que no solo tratara de explicar qué había pasado sino por qué no debía volver a pasar. Para ello era imprescindible que algunos nombres se mantuvieran vivos aunque fuera en la distancia<sup>19</sup>.

d) El paso hacia el último objetivo de *Ínsula* prácticamente estaba dado. De una parte su atención a las nuevas Ciencias Sociales. Muy importante me parece, en este sentido, la sensibilidad que la revista mostró hacia la recepción de los modelos epistémicos basados en la racionalidad científica y su aplicación a las ciencias sociales, a la lingüística y la literatura, a partir de la segunda parte de los sesenta y, sobre todo, en la década de los setenta. Este punto me parece fundamental para explicar los juicios que se hicieron en esos años sobre las décadas de la posguerra (que a medida que vamos conociendo mejor toda la producción nos van resultando más obsoletos por insuficientes) y, sin embargo, este análisis es fundamental para explicar el paso de la vinculación a las tradiciones (literarias o filosóficas) y la apuesta, a partir de este momento, por modelos universalistas (matematización, formalización, estructuralismo, *etc.*) que se inician en los años de la transición económica y social ya con anterioridad a la muerte de Franco, si se toma esta fecha como la más representativa del inicio de la transición política. En este sentido son muy ilustrativos algunos artículos publicados en *Ínsula* con anterioridad a estas fechas y las orientaciones tomadas con posterioridad.

Finalmente, la meta a que se llega consiste en la reconstrucción de la historia del pensamiento español como tercera vía que articule la tradición nacional y la cosmopolita: nación y época, decíamos más arriba, reedificando a partir de la herencia orteguiana y del exilio, por igual la base de la nueva convivencia. En este sentido la tertulia debió ser tan importante como la misma revista pues en ella intercambiaron experiencias, recuerdos y reflexiones personas que se formaron, directa o indirectamente, en la influencia orteguiana pero que, además, mantenía relación epistolar con exiliados.

<sup>19</sup> J.L. Mora García, *La recepción del pensamiento filosófico del exilio en España. Una aproximación*, “*Daimon*”, 50, Universidad de Murcia, 2011, pp. 77–104.

Difícil entender libros tempranos como los de Marra López, *Narrativa española fuera de España* (1962) y de José Luis Abellán, *Filosofía española en América* (1966) sin este caldo de cultivo realimentado por las primeras visitas a España de algunos exiliados y los recuerdos de quienes aquí habían quedado. Recientemente hemos tenido oportunidad de editar un largo epistolario cruzado entre María Zambrano y Pablo de Andrés Cobos, un viejo discípulo de su padre, expelido del sistema franquista pero no expulsado de España<sup>20</sup>. A través de estas cartas, descubiertas no hace mucho, hemos podido conocer nexos que nunca se perdieron y que, en el contexto de los encuentros “insulares”, establecieron relaciones imprescindibles para constituir una de las tradiciones a las cuales están vinculados los historiadores del pensamiento español. En ese marco podemos afirmar que el eslabón clave fue José Luis Abellán, crítico de libros en *Ínsula*, autor de sesenta de artículos en la revista a lo largo de treinta años (desde 1960 hasta 1990) y redactor durante cierto tiempo de la sección fija “El ensayo y la filosofía”.

Desde un punto de vista temático Abellán ha escrito en *Ínsula* sobre todos aquellos asuntos que constituyen sus señas de identidad y en el recuento de títulos pueden encontrarse estudiados todos aquellos autores de los que ha recibido influencia: Unamuno, Ortega, los Xirau, Ferrater Mora, Gaos, Alain Guy así como sobre los principales escritores hispanoamericanos. Ahí estuvo el germen de una magna historia del pensamiento español que desde sus antecedentes en los años sesenta, comenzó un desarrollo denso desde 1979 en que comenzó su *Historia crítica del pensamiento español* que alcanzó siete volúmenes al comenzar la década de los noventa.

Así pues, la aventura iniciada por Enrique Canito con el apoyo como “ideólogo” de José Luis Cano durante treinta y siete años, y cinco más en que dirigió la revista el propio Cano puso las bases de una reconstrucción nacional en la cual la literatura, la creación estética y los estudios históricos se pusieron al servicio de un objetivo a la par político y moral.

2. Mas José Luis Cano no cejó en su empeño para que los españoles conocieran mejor su historia, es decir, la historia de sus mejores intelectuales y, para conseguirlo, su labor se extendió más allá de la revista, con la realización de múltiples ediciones de los poetas de la Generación del 27, con especial atención a Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y otros poetas, con su corazón puesto en la Andalucía natal o en la propia España a la que dedicó una antología: *El tema de España en la poesía española contemporánea*<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> M. Andrés y J. L. Mora García (eds.), *María Zambrano Alarcón - Pablo De Andrés Cobos Cartas (1957-1976) Historia Epistolar de una amistad “De Ley y de Corazón”*, Madrid 2011.

<sup>21</sup> Madrid, Taurus, 1979.

En este apartado deben incluirse algunas monografías de excelente nivel: *El escritor y su aventura*<sup>22</sup>; *Heterodoxos y Prerrománticos*<sup>23</sup>; *Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días*<sup>24</sup>. En los tres libros, José Luis Cano lleva a cabo un relato muy bien articulado de biografías y textos de autores –como aventura propiamente– que muestran una historia de España muy habitable, tanto por la calidad de la creación literaria como por el talante liberal de los escritores. Es, sencillamente, la recuperación de una tradición “heterodoxa”, hecha no con ánimo apologético, como hizo en su tiempo Marcelino Menéndez Pelayo a quien dedica un capítulo, sino de normalización, de inclusión y no exclusión. Ahí caben muchos autores: Moratín, Cienfuegos por quien Cano demuestra un afecto especial, Blanco White o el poeta Quintana como representantes de un pensamiento ilustrado, reformista y liberal; también: Pardo Bazán, Casinos Assens o Alfonso Reyes. O caben, como españoles de dos siglos, desde Valera hasta Unamuno, Machado, Azorín y Juan Ramón Jiménez y, desde ellos, hasta Azaña a través de cuyas biografías y reflexiones Cano reconstruye sus pensamientos sobre el arte de una manera tan sutil como maestra. El lector se reconcilia con ellos al reconocer su sinceridad en la escritura, en el paso del modernismo a la vanguardia y, desde esta, a la recuperación de los valores emotivos y cordiales en el arte. “Los corazones – dirá recordando a Antonio Machado – están desorientados, lo que quiere decir que buscan otro oriente”. Especial interés tiene el capítulo dedicado a “Manuel Azaña en dos tiempos”, escrito con motivo de la edición, en México y a cargo de Juan Marichal, de las Obras Completas de quien fuera personalidad tan relevante durante la República. Aprovecha Cano para recordar a sus lectores, aun en tiempos de Franco, que el “designio” de Azaña se encontraba en Sanz del Río y en Francisco Giner y consistía en “que España llegara a ser ella misma, realizara todas las potencialidades en ella contenidas y tomara conciencia de que muchas de sus peculiaridades podían contribuir a enriquecerla”. Si bien, con la experiencia de lo que vino después, no tiene más remedio que recordar que

muy pronto el propio Azaña iba a darse cuenta de que su proyecto de una españolización de la República integradora, liberal y democrática, dispuesta solo a conceder reformas pacíficas para la transformación de la sociedad española, iba a encontrar obstáculos crecientes<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> Barcelona, Plaza y Janés, 1966.

<sup>23</sup> De este libro hay una primera edición de 1974. Después han salido otras dos: Madrid, Eneida, 2007; y Cádiz, Diputación de Cádiz, 2011.

<sup>24</sup> Madrid, Seminarios y Ediciones, 1974.

<sup>25</sup> J. L. Cano, *Españoles... op. cit.*, pp. 244 y 245.

José Luis Cano tenía su propio “designio”, nacido, a su vez, de estos mismos autores a los que dedicaba sus páginas. Ellos habían tenido un noble sueño: [que]“entre nosotros se desarraigara la apelación cotidiana a la violencia física”. Más aún, que aquella tragedia que alcanzó niveles de tragedia universal con Hitler, drama para España y para Europa entera quedara superado. Quedaba la literatura, esa literatura “cordial” a la que apelaba Antonio Machado. No es casual que fuera al poeta sevillano a quien dedicara una bella monografía<sup>26</sup>.

No había sido ajeno Cano a los movimientos de la vanguardia. En 1952 reseñó el libro de Guillermo de Torre, *Problemática de la literatura* (Buenos Aires, Losada, 1951)<sup>27</sup> y eso significaba que había estado atento a las revistas que vieron la luz a finales de los treinta, especialmente *La Gaceta Literaria*, de la que derivaron después tantas cosas y tan diferentes. Tampoco habría sido ajeno a movimientos como la Unión Iberoamericana y al aprecio que los intelectuales de esos años tenían por la vecina Portugal. Sin esa formación previa sería difícil entender la sensibilidad que mostró en los años siguientes a la guerra civil y con la que quiso corregir los efectos de la fractura de lo que formaba parte de una unidad anterior como habían escenificado, por ejemplo, Ernesto Giménez Caballero y Guillermo de Torre.

Así pues, Cano fue un historiador sin voluntad de serlo profesionalmente pero sí con el ánimo de acercar, de familiarizar a los lectores del franquismo y de los primeros años de la transición democrática con una historia en la cual aquello que se había pensado o sentido quedaba como potencial para ser realizados en tiempo propicio; por ejemplo, los ideales de aquella “República liberal, democrática e integradora, que emprendiese legal y pacíficamente las reformas sociales y necesarias” y que parecía haberse hundido ¿para siempre? Esta pregunta podría tener ahora una respuesta diferente a la vivida por los protagonistas, ya fallecidos, de esos libros cuyos ideales podían ser recuperados de sus páginas y servir de nueva utopía para españoles que, integrados, desearan vivir en paz.

3. Aún debemos completar su trayectoria con la atención a una tercera actividad que, en verdad, cubre o completa, dándoles sentido, las dos anteriores: la creación literaria, es decir, su propia obra poética; y, superpuesta con la vocación poética, la reflexión sobre la literatura a la que no renunció nunca aunque nunca se mostrara abiertamente como un académico que lo hace profesionalmente. No fue un teórico de la literatura pero ejerció de tal, a

<sup>26</sup> *Idem*, *Antonio Machado*, Barcelona 1975 (hay una segunda edición de 1982).

<sup>27</sup> Cit. por C. García y A. Sanz, M. Paz, *Correspondencia Ernesto Giménez Caballero – Guillermo de Torre (1925–1968)*, Madrid 2012, p. 351.

su manera y sin renunciar a la biografía del autor que se escondía menos que más de aquella obra de creación.

Apenas me siento capacitado para valorar su poesía, salvo la emoción que produce recordar esos “Sonetos de la Bahía”, escritos a comienzos de los años cuarenta. Cuando se contempla el mar en una noche serena de verano desde el Rinconcillo con el fondo de la apenas entrevista silueta del Peñón en un día de Poniente:

Doliente vas y enamorada, oh luna  
Por ese mar cautivo, ahogadamente,  
Evocando una amor, un sueño, una  
Vaga melancolía sin oriente<sup>28</sup>.

Ciertamente, las cosas adquieren vida con la palabra del poeta, se ven enriquecidas con múltiples significados, el paisaje exterior se interioriza, y Cano nos ha hecho ver –y vivir– en la bahía algecireña un mundo de sensaciones múltiples que hubieran escapado de no haber sido cantadas de esta manera. Pocos lugares reúnen un encanto similar y tantas caras hay que miran a Europa y a África al mismo tiempo con abigarradas gentes que cruzan fronteras, mientras el peñón se cubre de nubes o deja ver su calvo perfil superior al sol del poniente. Bahía cerrada que facilita el ensimismamiento y que, sin embargo, debió ser para Cano percibida como cielo abierto cuando saliera de la cárcel tras la guerra civil y pudiera contemplar a los pescadores alejarse prudentemente de la playa en sus pequeñas barcas. Por eso sus sonetos suenan entre esperanzados y melancólicos, suavemente tristes pero sin caer en el pesimismo, un punto picarones ante el surgimiento del amor y un punto exaltado ante el paisaje esplendoroso para quedar sumido en la serenidad cuando se ha cumplido el deber de la escritura.

Mas la escritura necesita su justificación y su explicación y a estas dos tareas no renunció tampoco José Luis Cano. Claro que no lo hizo como si esta surgiera espontáneamente al margen de la voluntad de su creador. Por el contrario, siempre vinculó biografía a creación como en *Los cuadernos de Velintonia*, ese precioso y delicado diario que llevaba de los encuentros en casa de Aleixandre, ni más ni menos que durante más de treinta años<sup>29</sup>. Pudo quizá inventarse algunas cosas, mas eso no le quita veracidad alguna, como no se la quita a cualquier creador que nos ofrezca esa otra cara de la verdad menos reconocible o apenas visible. Muchas cosas ocurren durante tantas tardes en tiempos difíciles: recuerdos, amores conservados en cartas que

<sup>28</sup> J. L. Cano, *Poesía Completa, op.cit.*, p. 46.

<sup>29</sup> *Idem, Los cuadernos de Velintonia, op.cit.*

podieran ser publicadas, censura y prohibición de la revista, proyectos, ensañaciones, algunas mentiras y justificaciones, culto al *ego* como es propio de poetas y genios, resistencia a la dictadura y... literatura, mucha literatura. La mesa camilla aún debe recordar tantas confidencias, alguna maledicencia, y ese grado de ingenio que alimenta la vida y evita el tedio. Para el lector queda el placer de meterse en la habitación de al lado y escuchar las palabras, ya sordas, del libro, pero aun dotadas de la suficiente vivacidad como para hacer reconocibles a los contertulios de aquellos años de resistencia al franquismo y de las esperanzas de los años democráticos hasta la victoria del partido socialista en 1982. Con la llegada del 17 de marzo del año siguiente – ya en la España democrática – se interrumpe el diario y no sé si es casual que, sin embargo, la última palabra sea “Inquisición”. Al comentar la publicación de “Sonetos del amor oscuro” de Lorca ni más ni menos que en *ABC* pone en boca de Alexandre las siguientes palabras:

Lo curioso es cómo en todos los artículos que acompañan a los sonetos se evita cuidadosamente la palabra homosexual [...] Todo eso viene de muy antiguo de cuando la Inquisición quemaba vivos a los culpables del delito *nefando*. No es extraño que aún haya gentes para las que toda sospecha de ese supuesto pecado sea vista como peligrosa, aunque ya no haya Inquisición<sup>30</sup>.

Sin duda, toda una confesión de cómo la poesía tiene que ver con la libertad y con la vida misma y que reducirla a filología es no entenderla. Así parece deducirse de uno de sus últimos libros, *Los cuadernos de Adrián Dale*<sup>31</sup>, que recuerda el viejo seudónimo que utilizara en los años cuarenta para la revista *Corcel*, recreado ahora en tercera persona para permitirle dialogar consigo mismo, “literariamente”, al tiempo que incorpora a viejos conocidos: unos, personajes de carne mortal como su amada algecireña con quien se hacía pasar por extranjero y los personajes del Rinconcillo o como los poetas de *Litoral* y la editorial Sur, Lorca, Emilio Prados, el Dali joven y exultante a quien acompaña Gala... Con ellos había compartido mar y tierra en Málaga viviendo una y mil vidas pues la vida era como la literatura. Otros, los más, habitantes en libros pero que formaban por igual parte de su propia familia para esa otra vida literaria con el autor de *La montaña mágica* o *La historia de San Michele* o *Los cantos de Maldoror* sin dejar el recuerdo de lo que significó el viejo humanista Erasmo en la pluma de Stephan Zweig. Un libro, sin duda, excitante, candoroso, con una brizna de ingenuidad infantil

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 336.

<sup>31</sup> Madrid, Editorial Orígenes, 1991.

pero con la experiencia de la madurez o, mejor decirlo con sus palabras, las que cierran el libro, pues en ellas residía la sinceridad y probablemente en ellas está todo José Luis Cano:

La vida es más hermosa así, pensaba Adrián, con la muerte acechándonos, tras su belleza delicada y desnuda. Sí, la vida era hermosa de pronto, a pesar de la muerte, y el mismo mar parecía más bello que nunca, como si hubiera desplegado su más desgarradora belleza para que los ojos de aquel adolescente que lo miraba, llevaran a la muerte su imagen más hermosa, prendida como una sombra azul bajo los párpados heridos<sup>32</sup>.

Así, la verdad estética ha conseguido sobreponerse como la verdad humana frente a la pura historia o frente a la lógica que nos impone el principio de no contradicción. Ya lo advirtió María Zambrano al señalar que no siempre rige este principio la vida cotidiana; que, más bien, apenas lo hace y deja su lugar a la ironía piadosa como la caracterizó José Ferrater Mora a propósito de lo que Cervantes quiso decirnos. Mas esa actitud humana no rebaja el nivel de compromiso frente a los totalitarismos y la carencia de dignidad. Cano, poeta, “poetilla”, amigo de poetas, de los del 27, de los de su propia generación y aun de los más jóvenes, no abdicó de sus deberes ni, menos aún, se escondió de su compromiso con expelidos, con exiliados, con olvidados, con heterodoxos siempre que pensara que eran imprescindibles para conseguir la integración en su doble y, al tiempo, única dimensión: la nacional y la cosmopolita. Pues la poesía apenas entiende de fronteras si por estas se entiende la singularidad excluyente y no la singularidad creadora que integra desde el culto a los ideales compartidos. 

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA – Profesor Historii Myśli Hiszpańskiej na Universidad Autónoma de Madrid i koordynator programu doktoranckiego w zakresie myśli hiszpańskiej i latynoamerykańskiej. Członek założyciel i prezes Asociación de Hispanismo Filosófico. Redaktor naczelny *Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del pensamiento iberoamericano* od 2004 roku. Był też członkiem założycielem seminarium historii filozofii hiszpańskiej i iberoamerykańskiej (Salamanca 1978). Członek rad redakcyjnych licznych pism specjalistycznych. Visiting Profesor na amerykańskim uniwersytecie Georgia, uczestniczył w wielu międzynarodowych konferencjach. Zajmuje się związkami między filozofią a literaturą w myśli hiszpańskiej XIX i XX wieku, autor prac na temat Benito Pérez Galdósa, Pokolenia '98 i Marii Zambrano. Redaktor naukowy pracy na temat jej ojca Blas José Zambrano, który wpłynął na jego córkę. Ostatnio publikował na temat hiszpańskiej emigracji po 1939 roku, na temat pism *Ínsula*, *Llull* i wydał wybrane listy emigracyjnych filozofów.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 116.

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA – Professor of History of Spanish Thought at Universidad Autónoma de Madrid and Coordinator of the Doctoral Program on Spanish and Latin American Thought. Founding member and President of the Association of Philosophical Hispanism, Director of the *Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del pensamiento iberoamericano* since 2004. He was also a founding member of the Seminar on the History of the Spanish and Ibero American Philosophy (Salamanca, 1978). Member of editorial boards of several specialized journals. He has been visiting professor at the American University of Georgia and has participated in many national and international conferences. He is a specialist in the relationship between philosophy and literature in Spanish thought of the nineteenth and twentieth centuries and he has written books and articles on Benito Pérez Galdós, the generation of 98 and Maria Zambrano. He is editor of the work of the latter's father, Blas Jose Zambrano, who had so much influence on his daughter. He has recently published on the reception of the Spanish exile of 1939, on the magazine *Ínsula*, and on *Llull* Journal and has edited several collected letters of philosophers from exile.